1080044668

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

133616

LA ALMOHADITA DEL NIÑO JESUS.

Era la víspera de Navidad, y en una lujosa estancia de cierto palacio de Madrid preparaban, un caballero y una señora, un *Nacimiento*. Era aquel un Nacimiento á la española y à la antigua, con todos sus intrincados laberintos y todas sus graciosas impropiedades. Rocas de corcho y papel encolado, que sostenían una Belen de carton: bosques de lentisco, rios de cristal, chozas de paja, pastores y zagalas de barro, que bajaban por todas las veredas de la montaña, cargados de tortas, pavos y gallinas que ofrecer al Niño: rebaños de vacas y ovejitas que pacian mansamente en prados de serrin verde: bandadas de pájaros no clasificados en ninguna fauna conocida, perseguidos por cazadores que les disparaban sus escopetas, sin esperar á que Schwartz inventa

ra la pólvora. Un devoto ermitaño hacía resonar la campana de su ermita tocando á Misa, á media legua escasa del rey Herodes, que aparecía en la ventana de su palacio para contemplar la degollación de los inocentes: más lejos asomaba por la boca de un tunel un ferrocarril cargado de pavos, panderetas y zambombas; y allá, en el último término, se divisaba la brillante comitiva de los Reyes Magos, atravesando un puente más atrevido que aquel famoso del Diablo, cuyos cimientos es fama que los echó este ilustre arquitecto, quedando hecho desde entónces jefe supremo de la francmasonería. Al pié de la montaña se hallaba la gruta, y en ella dormia el Niño Divino en su camita de pajas: á su derecha le contemplaba la Vírgen arrobada, y á su izquierda, le contemplaba también San José, apoyado en su florida vara. La mula y el buey se mantenían en el fondo á respetuosa distancia, y á la entrada de la gruta dos Guardias civiles, de gran gala, ordenaban á la multitud de pastores que habían llegado ya, deseosos de adorar al Niño. En los aires, suspendidos de invisibles hilos elásticos que les imprimian un suave movimiento, veianse gran número de Angeles sosteniendo banderolas con letras de oro, que decían: *¡Gloria in excelsis!*

Conocíase, sin embargo, que una mano inteligente había dirigido aquella perspectiva verdaderamente admirable, conservando de intento esas graciosas impropiedades que despiertan en el corazón los dulces recuerdos de

la infancia. Todo era, por otra parte, rico y suntuoso: las figuras eran todas finas, y algunas de verdadero mérito: un rico tapiz flamenco cubría el fondo: arañas antiguas de cristal de Venecia cargadas de bujías, y macizos candelabros de plata, colocados acá y allá por la montaña, prometían á los pastores que no echarían de ménos en el camino ni el alumbrado de gas, ni las luces eléctricas. La estrella que guiaba á los Reyes Magos era una verdadera estrella de riquísimos brillantes, y otra en todo igual, colocada en el fondo de la gruta, esparcía sus magníficos reflejos sobre el celestial semblante del Niño. Plantas raras, y vistosas enredaderas criadas en invernaderos, festoneaban la montaña, y se entretejian en el fondo con grandes espejos que, colocados frente á frente, aumentaban la perspectiva, y habían de causar, reflejando centenares de luces, un mágico efecto.

Hallábase el caballero, de que hicimos mención, subido en lo alto de una escalera de manos, poniendo en órden la turba de palafreneros, pajes, soldados, caballos y dromedarios, que formaban la comitiva de los Reyes Magos. Era un jóven de unos treinta años, cuya arrogante figura respiraba dignidad y gracia: vestia un elegante traje de casa, de color gris con vivos rojos, y un criado le iba alargando desde el suelo los personajes del séquito règio: llamábale señor Marqués, y le daba siempre el tratamiento de excelencia. La señora parecía más jóven, y con ser muy bella,

era más simpàtica: tenia puesto un gran delantal blanco sobre su traje también de casa, y ayudada por una doncella, colocaba una piara de patitos entre las ramitas de pino, que remedaban juncos en ambas orillas del río. El caballero la llamaba Elvira, y los dos criados le decian también señora Marquesa.

De repente sonó una estrepitosa carcajada detras de la cortina que cubria la puerta del fondo. Sorprendido el Marqués, se volvió en lo alto de la escalera con el rey Melchor en la mano, y estupefacta la Marquesa dejó escapar media docena de aquellos diminutos palmípedos, que comenzaron á patinar, más bien que á nadar, en aquel río verdaderamente cristalino: al mismo tiempo se precipitó en la estancia una señora jóven envuelta en un abrigo de terciopelo azul guarnecido de martas, y se dejó caer riendo en un sofá, sin sacar las manos de su manguito de pieles.

—¡Magnífico! ¡portentoso! ¡admirable!—exclamaba sin cesar de reir. ¡Qué grabado tan bonito para la *Ilustración Española!*....Cuadro de costumbres patriarcales.—¡Baucis y Filemon en su juventud lozana! .....

—¿Pero, por dónde has entrado?—dijo al fin la Marquesa.

—Pues hija, por la puerta, y sosteniendo una batalla campal con ese *Bruin* (oso), de librea que tienes en la antecámara.—¡Que los señores no reciben! decía; y yo haciéndome la sorda, me entré de rondon, y he llegado á tiempo de contemplar á esos papás de tiempos

bucólicos, preparando el Nacimiento para su niño....¿Y dónde anda Alvarito, que no lo veo cosido á tus enaguas?

—Lo he mando al Retiro con Miss Folck, porque quiero que todo esto le coja de sorpresa.

—Y por cierto,—dijo el Marqués desde lo alto de la escalera, que á lo mejor se entra por las puertas, y no seremos nosotros los sorprendidos.

—¿Quiere decir eso que estorbo?...—Pues paciencia, primo mio; que para estos casos se inventó aquello de sufrir con ella las flaquezas de nuestros prójimos; y no he salido yo de mi casa con un frio de seis grados bajo cero, para irme sin ver este portento de tus manos.

Y acercándose la señora al Nacimiento, comenzó à recorrerlo todo con la vista, diciendo en tono burlon:

—¡Ay qué bonito! .. ¡Los pastorcitos y las vaquitas!....¿Cómo hacen Elvira?...¡mú! ¡mú! y las ovejitas, ¡bé! ¡bé! y los pajaritos, ¡pí! ¡pí! ....Mira, Alvaro, ó mejor dicho, Melibeo, ó Tirsis, ó Clorinto, baja de esa escalera con un sombrero de paja con lazos de rosa, y un cayadito en la mano, y ven con tu Alvarito á ofrecer al Niño-Dios un platito de requesones....¡Calla! ¿y andan tus brillantes alumbrando á los Reyes Magos?....¡Vamos! ¿también á ti la felicidad doméstica te ha reblandecido el seso?....No te los has puesto más que una vez, cuando fuiste á Palacio à tomar

el almohadon; y ya se los cuelgas á la mula y al buey....

—No, hija, no; le interrumpió la Condesa: se los pongo al Niño Jesús, que está en la cuna ...¿Acaso puedo emplearlos mejor que en honrar á Dios y entretener á mi hijo? ...

—Vamos, vamos, *Dorila* mia: ponte también un zagalejo colorado, y una guirnalda de frescas rosas, y vente con tu Malibeo à ofrecer al Niño un panal de rica miel y una orcita de manteca!....

—Si quieres venir por acá esta noche,—dijo el Marqués, tocarás la zambomba miéntras uosotros hacemos la ofrenda.

—Me parece que la harás tú solo, Melibeo... Incivil é inculto Melibeo, que ni siquiera por respeto á una dama has bajado de esa escalera .. Lo que es esta noche, tu Dorila no cenará contigo requesones; que me la llevo yo á que cene en mi casa *foie gras* y pavo *truffé*..., Sólo para convidarla he venido.

—¿Das algun baile?

—No: doy una Misa del Gallo.

Fué tal el flujo de risa que estas palabras seriamente pronunciadas causaron á los dos esposos, que la misma dama acabó también por reirse.

—¿Una Misa del Gallo?—exclamó el Marqués.—¿Y quién la dice? ..¿Tú ò tu marido?

—Mi señor marido,—respondió la dama con cierta amargura, sa divierte en el Senado haciendo leyes....

—Y su señora mujer, se divierte en casa diciendo Misa;—le interrumpió el Marqués.

—¡Pues claro está!....Ayer se me ocurrió la idea, que por lo nuevo ha de causar efecto ....Y eso que estaba de un humor de perros ....Figúrate que me habían mandado de París un sombrero de invierno, con un gran pàjaro lindísimo, como no he visto en Madrid otro. Apenas lo había sacado de la caja, se me entran en el tocador los seis niños con una dichosa perra perdiguera que les ha regalado su padre ...Ver la perra el sombrero, creer que el pájaro era una perdiz, y lanzarse á él y llevárselo, entre los dientre, todo fuè uno!....Yo chillaba, los chiquillios reian, la perra ladraba, los criados corrian azorados... En fin, hija; allá en las caballerizas pudieron arrancar á la perra el sombrero, que estaba ya como puedes figurarte.

Los dos esposos reian á carcajadas: la dama decia muy seria:

—Sì; reios, reios, que el caso es de risa ... Te aseguro que si hicieran à Herodes ministro de Fomento me hacia ministerial hasta los huesos.

—¿Y no podria la modista arreglarte un bonete con los restos del sombrero?—preguntó el Marqués riendo. Te serviria esta noche para decir la Misa del Gallo....

—Calla, Melibeo, y entretente con tus Reyes Magos; que nada quiero contigo,—respondió la dama; y dirigiéndose á la Marquesa, añadió: ¿Con que te espero á las diez?.....Bai-

laremos hasta las doce: á esta hora nos dirá el Capellan la Misa en el oratorio: pero la Misa será cortita....Luégo cenaremos alegremente, y volveremos á bailar otro par de horas. Tendremos allí à todo Madrid, porque, apesar de la premura del tiempo á todo Madrid he convidado.

—¿Pero hablas formalmente?—preguntó la Marquesa.

—¿Pues digo acaso algun disparate?

—Un disparate, no;—replicó el Marqués con vehemencia. ¡Una herejía sí!

—¿Y en qué he faltado á la fe, señor teólogo?

—¿A la fe?....y á la esperanza, y á la caridad, y á la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; que son tres virtudes teologales y cuatro cardinales.

—¡Oiga!....y qué presente tiene Melibeo el catecismo de Ripalda.

—Como que sobre no haberlo olvidado yo, se lo enseño todos los días á mi hijo.

—¡Oh, papá modelo!....Lástima que no se lo enseñara también á los mios el Licurgo de su padre, en vez de regalarles perras perdigueras.

—Y si fueras tù á la clase con ellos, aprenderias á no dar en tu casa Misa del Gallo.

—Pero me querrás decir lo que en esto te escandaliza?

—¿Pues te parece poco escándalo, el de convidar para una Misa, lo mismo que convidarias para un *thé dansant*?

—Mucho has variado, primo: porque cuando estábamos en Irlanda, y por Navidad nos llevaba el abuelo al castillo de Lord Gray, bien te entusiasmaba la Misa solemne que allí decian.

—¿Y quieres comparar una fiesta de familia, y de familia modelo, en que se dice una Misa con toda devoción y solemnidad que el caso requiere, con una Misa que se dice y que se oye para descanzar de bailar y hacer ganas de cenar?.....

—¡Vaya!—dijo picada la dama. Era lo que me quedaba que ver: un capitan de artillería con escrúpulos de monja.

—Pues más he visto yo,—replicó el Marqués también picado: una señora Baronesa con conciencia de gastador.

Y al decir esto dió distraido tan fuerte golpe en la escalera con el rey Melchor, que le rompió la cabeza. Fuè tanta y tan cómica la cólera del Marqués, al ver decapitado al inocente rey, que las dos señoras soltaron la risa.

—¡Anda!...¡Me alegro!—dijo la Baronesa, dando con el pié á la cabeza del monarca que rodaba sobre la alfombra. Esa inocente víctima aplaca mi ira.

—¡A mí me importa poco tu ira!—gritó el Marqués, à quien acabó de exasperar la risa de la dama. Pero sábete que ni mi mujer, ni yo, ni mi hijo, ni nadie de mi casa, pondrán los piés en tu Misa del Gallo!.....Eso es una irreverencia, una profanación, casi un sacrilegio; y si el Vicario de Madrid se entera, por lo

ménos te excomulga...Lástima que no hubiera Inquisición, y saldrias por las calles de Madrid emplumada con todos tus tertulianos...¡Bonitos pavos de pascua para tiempo de Navidades!

—¡Pero Alvaro!—exclamaba apurada la Marquesa, viendo que la cosa iba de veras. ¡Calla por Dios!

—¡Pues no callo: que son las mujeres el diablo!

—¡Te equivocas!—gritó la Baronesa pàlida de ira. ¡Jamás he visto pintar *diablas!* ¡*Diablos* son siempre los que pintan!

—No le hagas caso, Inés.

—¡Mucho le haré yo à tu marido!—decía la Baronesa, dirigiéndose furiosa á la puerta, seguida de su prima que en vano procuraba calmarla. Mejor le sienta la zamarra de Melibeo, que las ínfulas de Santo Padre!

—¡Y á tí los cascabeles de la locura, que el bonete de doctora mística!—replicó el Marqués bajando de la escalera para buscar por el suelo la cabeza del rey Melchor.

—¡Al diablo no se le ocurre otra cosa!—decia, procurando unirla al tronco, para ver si era posible la cura. ¡Digo! y del puntapié que le dió le ha desconchado las narices...¡Cuando digo que la tal prima Inés tiene ménos seso que el rey Melchor!...Entretenerse con una Misa como quin se entretiene con una come dia!...y lo peor es que pondrá la ocurrencia de moda, y tendremos en Madrid Misas con cotillon y cenas con intróito...

A poco volvió la Marquesa entre risueña y apurada.

—La pobre Inés se ha ido furiosa, dijo.

—Pues que vaya al Senado á pegarla con su marido.

—Sí, hombre: pero has estado duro con ella.

—Verdad que estuve durillo; pero el rey Melchor tuvo la culpa. Me dió tal coraje al verlo roto, siendo el que había de gustar más al niño, que se me fué la lengua y se me escapó la verdad.

—Y justamente la verdad es la que más punza.

—Locas como Inés, bien necesitan oirla.

—Verdad que es ligera: pero tiene el corazón màs hermoso que he visto.

—Y la cabeza más destornillada que he conocido.

—Y nos quiere como á hermanos, y á nadie tiene en el mundo que la aparte de sus locuras.

—Es verdad....¿Pero qué hemos de hacerle?

—Si tú quisieras.....

—¿Qué?

—Podria convidar á sus niños para que viniesen á pasar la noche con Alvarito...Esto la aplacaria.

—Pues convídalos y que vengan....Con eso aprenderán los pobres chicos en casa ajena, lo que no aprenden en la propia.

Alborozada la Marquesa, se dirigió á la puerta para mandar poner el coche: el Marqués la siguió con una mirada que rebosaba amor y dicha.

—¡Mira!—le gritó al verla desaparecer. Dile también que envie á la perra perdiguera con su sombrero de invierno ...Así la satisfacción será completa.

La Marquesa se echó à reir, y el Marqués se quedó diciendo.

—¡El diablo son las mujeres....cuando no son ángeles como Elvira!

II.

Púsose al fin el día, y llegó la Noche-Buena, con ese perfume de romero y tomillo que no han logrado desvanecer diez y nueve siglos; con esa alegría que baja del cielo, que se respira en la atmósfera y hace latir el corazón con cierto latido propio....¡Noche Santa, Noche-Buena, de pura alegría en el hogar, de sublime solemnidad en el templo: noche en que todo parece que vive y siente y goza al recuerdo de los primeros vagidos de un Niño;

en que el alegre ruido de las panderetas y zambombas ahuyenta todas las penas y todos los cuidados, y despierta, hasta en el corazòn más empedernido, esos santos ecos de la infancia, que hacen levantar la vista al cielo, buscando allí la inocencia perdida, y encontrando quizà el perdon y el arrepentimiento!.... ¡Ah! grabad bien en la infancia, al son de zambombas y panderetas, el rostro de ese Dios Niño que duerme entre pajas: porque de los niños salen los hombres, por más que el pensarlo contriste el alma; y esa impresión dulcísima les hará reconocer más tarde, cuando la inocencia huye y la malicia llega, al Dios Niño que sonreía en Belen, en el Dios Hombre que perdona en el Calvario. Cante el Niño hoy ante el pesebre con alegres risas:

Ha nacido en un portal
Llenito de telarañas,
Entre la mula y el buey,
El Redentor de las almas.

y este recuerdo hará mañana al hombre decir ante la Cruz, con lágrimas de arrepentimiento:

Cuando niño os contemplaba,
Niño en brazos de María,
Y en su divina alegría
Tiernamente me gozaba.

Mas hombre, y hombre tan malo,
Que no haceis ley que no quiebre,

Ya no os busco en el pesebre,
Sino clavado en un palo...(1)

Esta era la gran obra, que sin comprender toda su trascendencia, adivinaba con su instinto de madre aquella buena Marquesa Elvira, y procuraba practicar en su hijo Alvarito. El niño se hallaba en su alcoba, y ayudábale à acostar su madre: sentado en las rodillas de ésta, con toda la gravedad de sus seis años, repetía el *Bendito*, y la oración del Santo Angel, y aquella otra oración *Bendita sea tu pureza*, fijando al mismo tiempo en aquel hermoso rostro que tan dulcemente le sonreia, esa mirada profunda, dilatada, propia del niño cuando reflexiona ó siente, que refleja su alma entera sin doblez ni culpa, con la misma pereza con que reflejan las tranquilas aguas de un lago, el terso azul del firmamento.

Habíale reprendido su madre, porque cuando su aya Miss Folck le hablaba en aleman para acostumbrarle à este idioma, ó bien callaba como un muerto, ó echaba à correr sacándole la lengua. El niño hizo dos ò tres pucheritos, qne enternecieron á la madre: entónces le dijo, para consolarle, que era ya la Noche buena, y que á las doce vendría á despertarle el Niño-Jesus, que bajaba del cielo para salvar á los hombres, y repartir entre los niños más de mil cucuruchos de dulces, y lo ménos cuatro carros de aquellos juguetes que

[1] Lope de Vega; soliloquios.

guardan los àngeles entre las nubes de oro de que está tapizada la Gloria. Y al oir esto el niño, una alegría inmensa nacía suave en su corazón, y brotaba ruidosa por sus lábios y dando gritos de júbilo saltaba en camisa sobre la alfombra, obligando á su aya la grave y tiesa Miss Folck, á correr en su persecución para traerle de nuevo á las rodillas de su madre. Añadíale entónces ésta, que tambien á las doce habia de venir otro niño pobre, que era hermano del Niño del portal, y hermano de todos los niños buenos, y por eso era también hermano de Alvarito: pero aquel niño desdichado no tenia dulces, ni juguetes, ni ropa, ni abrigo, ni mamá que le quisiera, ni papá que le diese aguinaldos, ni Miss Folck que le llevara al Retiro! .. Y por eso aquel pobre niño lloraba mucho, mucho: tanto, que no habia cesado de llorar, en tres meses que llevaba de nacido....Y la carita del niño retrataba entónces una expresión de inmenso asombro, y después otra de intensa pena, y dos anchos lagrimones acudian á sus ojos, mientras prometia regalar á aquel niño desgraciado, tres tortas y dos polvorones, y un caballo de carton, y un sombrero con plumas, y un coche grande, grande; tan grande, como el que tenia su papá para ir á hacer al Rey las visitas .....

Poco á poco fuese apagando la locuacidad del niño, y quedó al fin su alegría amortiguada bajo el sueño, como quedan ocultas, bajo suaves cenizas, las brasas encendidas. Sus ojitos se cerraron, sus bracitos cayeron á lo

largo del cuerpo, y su rubia cabeza fué á descanzar sobre el seno de su madre. Entónces le colocó ésta en su camita blanda, cual un nido de pájaros, y haciendo sobre su frente la señal de la cruz, le dejó soñar esos misteriosos sueños de la infancia, en que vienen los ángeles de la Guarda á contar al oido de los niños hermosos cuentos del cielo. Opiniòn propia nuestra, cuya candidez hará reir à más de un teólogo, que no sabrá, sin embargo, explicarnos el orígen de esa celestial sonrisa, que aparece de cuando en cuando en los labios del niño que duerme tranquilo.

Mientras tanto habian llegado los hijos de la Baronesa, y algunas otras personas de la familia, y reinaba en todo el palacio esa alegre animación, propia de esta santa noche, que trasciende y se esparce por todas partes, desde el salon á la cocina. Faltaba, sin embargo, un personaje, que era siempre en aquella casa el principal, en la fiesta de Noche-Buena. No se hizo esperar mucho: á las once y media se detuvo un coche á la puerta: bajó de él la buena Miss Folck, y ayudó luégo á apearse á una anciana miserablemente vestida, que ocultaba, bajo el manton andrajoso que la cubria, una especie de envoltorio. El Marqués y la Marquesa, y cuantos en la casa habia, salieron à la escalera á recibir á aquella extraña visita: abrió entónces la anciana sus andrajos, y puso en brazos de la Marquesa, en medio del mayor silencio, un niño recien nacido, envuelto en viejos pañales de bayeta amarilla...Aquel

era el niño desdichado de que habia hablado la Marquesa á su hijo; aquel era el niño pobre que entraba en aquella ilustre casa como hermano del Niño de Belen, para conservar en ella la santa costumbre que desde tres siglos ántes atraia sobre sus moradores las bendiciones del cielo ...

Una pobre dama de aquella familia habia introducido en ella, á fines del siglo XV, esta costumbre, que sus descendientes conservaban intacta. Preparaban las señoras al acercarse el tiempo de Navidad, una canastilla completa para un recien nacido: buscábase luégo entre los pobres de las cercanías un niño de padres honrados, y era conducido la Noche-Buena en compañia de aquellos al palacio de los Marqueses. Colocábasele en una camita ante el Nacimiento, preparado al efecto; y allí, la ilustre Marquesa, rodeada de toda su familia, lavaba en memoria del Niño Jesús à aquel otro niño, pobre como èl y desvalido, y le vestia ella misma las ropitas que sus propias hijas habian preparado y cocido. Ofreciasele después al Niño-Jesús aquella imágen viviente suya, y se entregaba á los padres del niño una gruesa limosna: esta limosna era, en los tiempos del Marquès á que aludimos, una suma suficiente para que, impuesta en la Caja de Ahorros, hubiese podido producir á la mayor edad del niño, la cantidad necesaria para remitirle de quintas. Habíale tocado aquel año á un pobre àngel de tres meses, huérfano de padre y madre, y este era el que